

JUAN MORALES ROJAS: 25 AÑOS DE AUSENCIA

Antonio León Villaverde

Académico Numerario

RESUMEN

PALABRAS CLAVE

Bonhomía.
Naturaleza.
Trascendencia.
Espiritualidad.
Cosmovisión.

Consciente de lo que de reto supone, el autor diseña una percepción de Juan Morales, extraída del análisis de su obra poética, de conversaciones personales entre ambos y de referencias de alumnos y compañeros. Destaca su bonhomía, su cariño por lo cordobés y su gente; su amor a la naturaleza y su profunda religiosidad. Todo lo impregna de trascendencia y espiritualidad. Así, su hogar se extiende a calles y plazas, y su gente, deviene en su propia y gran familia; en el paisaje, amable en cada verso, percibe la mano de Dios; y a Éste, lo busca incansable por senderos de su sierra. Es un barniz antropológico que hace intelectualmente amable, esta cosmovisión.

ABSTRACT

KEYWORDS

Kindhearted.
Nature.
Transcendence.
Spirituality.
Worldview.

Conscious of what of challenge he supposes, the author designs Juan Morales's perception extracted from the analysis of poetical work, of personal conversations between both and references of pupils and companions. Native of Cordoba emphasizes his bonhomie, his fondness for and his peoples; his love to the nature and his deep religiousness. Everything impregnates it with transcendence and spirituality. This way, his home spreads to streets and squares, and his people, develops into his own and great family; in the landscape, nice in every verse, it perceives the God's hand; and he looks for God tirelessly for paths of his mountains. It is an anthropologic glaze that it makes intellectually nice, this cosmovisión.

Excelentísimo señor Director.

Ilustre Cuerpo Académico.

Excmas. e Ilmas. Autoridades.

Señoras y señores:

Permítan que en primer lugar agradezca al Sr. Director las palabras, sus cariñosas palabras, que me ha dirigido, porque hoy realmente necesito de su apoyo ante mi atrevimiento al hablar en esta sede de Juan Morales Rojas, perfectamente conocido por todos en esta Ilustre Corporación, yo, que lo hice tardíamente.

También aclaro a ustedes que he mantenido el título de la comunicación, más apropiado para el pasado año, fecha prevista para su presentación, pero que hube que retrasar debido a la gran demanda de intervenciones, lo que por otra parte, indica la salud y dinamismo de nuestra querida Academia.

Y es que ahora, debo decirlo, intervengo menos cómodamente que en ocasiones anteriores por la delicada tarea de referirme a Juan Morales Rojas en esta su casa. Y la incomodidad, no se deriva de un desapego al protagonista, sino que, siendo éste de la categoría que todos ustedes conocen mejor que yo, no me considero cualificado para desempeñar tamaña tarea. Pero comprometido desde siempre con el esfuerzo y con talante positivo, comparezco ante ustedes para someterme al juicio de este ilustre auditorio.

Conocí personalmente esta ciudad en los años postreros de la década de los setenta del pasado siglo. Aspiraba yo entonces a “vivir esa agrídulce paz que emana de un pequeño rincón lleno de soledad y silencio”, y los iba buscando y descubriendo en Córdoba encariñándome con sus piedras. La experiencia removió mi sensibilidad adormecida y volví a escribir, lo que me pareció fácil rebuscando en las entrañas de Córdoba, porque su encanto desde lo hondo, se enreda en la pluma y en el corazón, y fluye por la gracia y la belleza de sus callejas y gentes. Así que, inevitablemente, conocí a Juan Morales Rojas, porque todos los caminos que serpentean sobre o entre la belleza, el costumbrismo y el encanto de Córdoba, desembocan en la plazuela de un gran corazón, el de Juan Morales Rojas.

Pero sabía de él desde antes a través de sus versos que pintaban todos los paisajes de Córdoba, a caballo de la más ortodoxa de las métricas de una poesía virginalmente pura. Y era una aproximación al conocimiento de Juan Morales que se adivinaba derrochando humanidad en cada instante y en cada circunstancia.

A través del poema, yo ya había imaginado a Juan Morales hacerse agua y río para hablar del puente y alejarse navegando hasta el ocaso; y flor, en su jardín madrugador; y sombra en su verano que agoniza; y penitente y saeta en su Viernes Santo; y Romero en sus ermitas, y primavera, y paisajes, y silencio evocador de la belleza femenina...Y todo ello, porque Juan Morales, que a mi entender amaba la vida en cada detalle, o la vivía plenamente en cada uno de sus versos, o impregnaba a estos de retazos de su propia vida. En cualquier caso, una vida plena e integradora y valientemente vivida.

Tan valiente, que se atrevió a prologar un poemario mío, RINCONES, en el año ochenta y nueve. Así nos vimos personalmente por primera vez en su querido rincón de Cerro Muriano, siendo entonces cuando me impresionó su imagen. Destilaba humanidad en cada una de sus manifestaciones. El gesto entrañablemente amigo, la voz pausada y tranquila, la mirada serena y firme... Y una leve sonrisa ofreciendo paz y acogimiento.

Si, tan valientemente que ya antes de verlo, lo había hecho de los míos por un artículo que escribió en defensa de la Bandera de España, unas semanas antes, en

unas fechas en las que en televisión se veía ofenderla con más frecuencia de la que puede uno aguantar cuando se ha hecho de su defensa un credo. Luego me hizo saber que no era la primera vez, ni solo con la pluma.

Después, fui aprendiendo otros de sus muchos valores en el ámbito de la enseñanza y fuera de él.

Del primero solo destacaré lo que he percibido a través de sus numerosos alumnos que aún viven, yo que no lo fui: Que a todos inculcó en sus corazones un profundo amor a la religión católica, a las virtudes y principios esenciales para la persona y a la poesía, que fue su compañera inseparable en el devenir diario de Juan Morales, como más tarde veremos. Y en otras parcelas de su actividad no profesional, me llaman la atención, por ejemplo, sus recitales de poesía, en solitario o enriqueciendo las actuaciones de la Tuna; y sus interpretaciones teatrales de la mano de nuestro Nobel Jacinto Benavente; o introducido en el personaje de Segismundo en *La Vida es Sueño* de Calderón; o interpretando a Don Álvaro en *Don Álvaro o la Suerte del Sino...* Sus estudios de Arte Dramático y Declamación, obviamente, además le posibilitaron encarnar papeles como el del Hijo Pródigo del auto sacramental de Ricardo Molina en el Patio de los Naranjos de la catedral, o el del drama en verso, *El Collar de la Paloma* de Miguel Salcedo Hierro, en la fachada occidental de la misma.

Y no pude conocer a Juan Morales como compañero en su actividad de académico, pero posteriormente he tenido la oportunidad de conocer sus actuaciones por los boletines de la Real, preciosos documentos generadores de verdadera memoria histórica, y las opiniones de numerosísimos académicos que junto al respeto y admiración que le profesaban, manifiestan el cariño que les unía. Su entrada en la Real Academia se describe como triunfal y la Institución, como el lugar dónde se le amó, admiró y veneró. Nunca fue remiso a las tareas académicas, antes bien, las asumió como buen académico numerario de primera fila, acción que siempre combinó con la pasión y la belleza de sus intervenciones, que proyectó hacia la sociedad cordobesa con sus ilustrados artículos periodísticos y sus ardorosos pregones. Su discurso de ingreso, en la cordobesa de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes, versó sobre la poesía de Fernández Grilo, también maestro de la declamación, y con una capacidad recitadora inigualable, pero que a decir de muchos, su obra sonaba mejor en la voz de Juan Morales.

Pero Juan Morales era más que un hombre sobresaliente en esas tres actividades que acabo de relatar. En mi criterio, tenía una cosmovisión global, completa, abarcadora de todos los aspectos y facetas que conforman las vivencias posibles de una vida. Juan Morales conceptualizaba el fenómeno humano de forma integradora, y se desenvolvía con la teoría científica del epifenómeno espacio-tiempo (tal vez de forma inconsciente), con un barniz antropológico que la hace intelectualmente amable. Y todo ello, con un eje conductor que todo lo impregna de trascendencia y espiritualidad.

En efecto, entre sus amigos, discípulos, admiradores, etc. se destacan su profunda religiosidad, su bonhomía, el amor a la naturaleza, su cordobesismo, el costumbrismo de sus versos, el sentimiento popular, los toros, el cante, el elogio a la mujer cordobesa, a las romerías y pregones, a la Semana Santa, etc. Y todos estos aspectos los trató en sus obras con preciosos versos. Pero en mi opinión, son aspectos parciales de ese eje conductor de trascendencia y espiritualidad que se van manifestando según las circunstancias.

Así, lejos de considerar a Juan Morales incurso en cualquier tipo de panteísmo, sus versos, nacidos desde lo más profundo de sus firmes creencias, se exteriorizan e impregnan de religiosidad lo que le rodea. Los montes, los ríos, la vegetación, todo se envuelve en sus vivencias de infancia, juventud o de la madurez, para dejar de ser accidentes orográficos, simples aspectos del relieve, y vestidos de nostalgias y recuerdos, las humaniza y las hace paisaje. De esta forma, la naturaleza toda se reviste de los más bellos y nobles ornamentos de paz, quietud, tranquilidad, amor, silencio..., y en una línea similar a Teilhard de Chardin en su obra “El Himno del Universo”, favorecer la reflexión y evidenciar en toda la materia la percepción de la mano de Dios. (Silencio de Pueblo y Pinos).

Igualmente, en Campo de Vista Alegre, cada calleja, cada rincón o plaza se llena de recuerdos, vivencias y añoranzas para dejar de ser espacio urbano y hacerse extensión acogedora y entrañable del hogar familiar. Tan es así, que Juan Morales canta en sus versos al monumento como si de una novia se tratara, e incluye en su temática a los lugares más celebrados, a los personajes más variopintos, abarcando a las manifestaciones de folclore, fiestas, cantes, figuras del toreo, romerías, semana santa, todo ello como si de una propia y gran familia se tratara con sus hábitos y costumbres singulares.

Se ha hablado de Juan Morales como de un “pequeño filósofo” en la medida que se evidenciaba en él el encanto por lo minúsculo, de lo sencillo y virginal, a la manera azoriniana. Pero insisto, prefiero relacionarlo con San Mateo 11, 25-30, cuando pone en boca de Jesucristo la exclamación: “Te doy gracias, Padre, Señor de cielo y tierra porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y se las has revelado a la gente sencilla...”. Porque siendo sabio y entendido, Juan Morales se mostró siempre, en su vida y en sus versos, como modelo de sencillez y humildad. Y desde ellas, superó a la teoría de la negación del tiempo: El tiempo pasado no es tiempo real, porque, siéndolo en su momento, ya no existe; tampoco el tiempo futuro, porque aún no lo es; y qué decir del tiempo presente, que lo es tan efímero que en una micro fracción de segundo pasa de la irrealidad del futuro a la del pasado. Pues Juan Morales ha sabido hacer presente el tiempo en todas las etapas de su vida, solo por la intensidad en que la vivió, y esto sí es filosofía.

El tiempo siempre está presente en la obra de Juan Morales. El tiempo astronómico, el estacional, cuando canta a la “Primavera”, “Mañana de verano”, “Soneto de verano”, “Verano que muere”, “Crepúsculo”, “Ayer”, etc., poemas en los que las vivencias amorosas del poeta vibran al compás de los avatares de la vida, la pasa-

da, a la que junto al recuerdo, envuelve de nostalgia y añoranza. En este sentido, las rescata, las recupera desde su vida pretérita, y al vivenciarlas de nuevo, las devuelve a la realidad.

De igual forma, capta el tiempo futuro al plantearse las posibilidades que se intuyen para pre-vivirlas “ahora”. Así,... “el beso joven y la boca que lo espera hacen que se perpetúe la vida sobre la tierra”. O “la transformación de las pasiones y sueños que se convierten en hijos y se eternizan en nietos”. O “la confianza con el bastón compañero con el que se espera encontrar a Dios en el camino”. Y siempre, impregnando el momento de humanidad con las propias experiencias, ya sean gratificantes o dolorosas, emocionantes y de consuelo, o melancólicas, de pesar u olvido.

En fin, el tiempo también servirá a Juan Morales como testigo de lo experimentado, como ofreciendo la posibilidad de la comprobación, en esa su permanente oferta de verdad, con la concreción de detalles que singularizan la escena y permite revivirla de nuevo en plenitud. A veces, con excesivos detalles: “1.925. Sábado, tarde. Lloviendo”, o solo el instante humanizado, “... La tarde anuncia su cansancio”, “Noche de verano, paseo de la Victoria”, “15 de agosto en el Alcázar Viejo”.

Si, el tiempo está siempre presente, y ya me va orientando a finalizar mi intervención, lo que haré con dos breves comentarios más.

Creo que cabe ahora perfectamente, mostrar la propia visión que Juan Morales tenía de sí mismo, y que expresa en un soneto que titula “Yo”¹. Dice así:

No sé si soy judío o soy romano,
Si arde sangre de árabe en mis venas.
Por ser poeta soy fenicio apenas.
Cierto y seguro estoy de ser cristiano.
He sido humilde hormiga de verano
Y con cereal historia tengo plenas
De recuerdo ancestral las alacenas
Que nutren mi sencillo ser humano.
Amo el libro, la música, la pluma
El paseo en el campo, el buen amigo,
La soledad, el mar y la montaña.
Soñador y poeta, amo en suma,
Al Dios que, en mi oración, viene conmigo
Y en la paz de mi vida me acompaña.

Y el segundo y último aspecto a comentar, está relacionado con la consumación del tiempo de vida de Juan Morales. Cuando sobrevino su fallecimiento, yo me encontraba fuera de Córdoba por razones de trabajo, y no pude despedirlo en su postrer viaje. A mi regreso, el Diario Córdoba tuvo la amabilidad de incluir una

¹ MORALES ROJAS, J., Antología poética, p. 209.

larga carta mía en un fascículo semanal de carácter literario con el que le decía adiós, y le calificaba como “hombre 10”, por sus virtudes².

Y es que pareciera que Juan Morales Rojas hubiera escogido la fecha de su despedida: en el mes de abril, apenas iniciada la primavera, a la que tanto cantó en sus versos; un día 10, de acuerdo con el nivel de calidad que sugiere su bonhomía. Y en un año, 1991, cuyas cifras suman 20, pero con dos sumandos, 10 más 10, que fundamentan, igualmente, sus cualidades.

El próximo día 10 del mes que viene, se cumplirán exactamente 26 años de ausencia. Sí, precisamente el Lunes Santo, la Semana Grande de su Señor, al que Juan Morales buscaba insistentemente por los senderos y veredas de su Pueblo.

Veintiséis años después, descanse en paz nuestro compañero, descanse en diez, Juan Morales.

He dicho. Muchas gracias.

² LEÓN VILLAVERDE, A., *Diario Córdoba*, Córdoba, 26 de mayo de 1991, p. IV/24.